

Capítulo 1

LLUVIA EN LOS ÁNGELES

En aquella calurosa noche de verano la lluvia refrescaba el ambiente de Los Ángeles, conforme acompañaba el suave crepitar de las gotas sobre los cristales de la gran ciudad. En las oficinas del FBI, el agente especial William Vence permanecía sentado junto a una mesa repleta de informes. El reflejo de la luz de un pequeño flexo iluminaba su rostro serio. En su mano izquierda mantenía unas fotografías, mientras que con la derecha se frotaba la frente. Observaba con detenimiento el rostro de una muchacha terriblemente mutilada. Unas escenas grotescas en las que se percibía la inocencia de una adolescencia truncada. La sombra del maquillaje se difuminaba en el rostro ido de la víctima, con tonos azulados, entre surcos marcados por lágrimas secas.

Volvió la mirada hacia una pared del despacho, donde se podía ver un pequeño marco con la foto de Virginia Landis, sonriendo junto a él. La tomó en la Academia del FBI. Era su compañera de promoción en Quántico. Se fijó en su largo cabello negro azabache, sus facciones marcadas y esos penetrantes ojos azul celeste que le atrapaban incluso ausente. Apenas hacía unas semanas que había marchado a España y ya la echaba de menos, como si se tratara de años. La amaba y ella lo sabía, aunque nunca se había atrevido a expresárselo.

—¿Alguna novedad? —preguntó el capitán Harris entrando en el despacho; un hombre mayor, entrecano, de rostro serio y pocas palabras.

—No, lamentablemente seguimos en blanco.

—Henry me ha confirmado que has incluido a la agente especial Landis en el grupo de investigación.

—Sí, pensé que podría ayudarnos.

—Sabes que tengo mis dudas sobre ella.

—Lo sé. Pero yo la conozco bien y...

—Dudo de su estado emocional tras la detención de Santos Montoro —le interrumpió Harris—. Realmente no sé qué pensar. Lo que sí tengo claro es que tarde o temprano tendremos problemas. Para la investigación del caso he designado a Henry. Ésta debe ser su última misión en el FBI, en unos meses estará jubilado. Él decide con quién trabaja, no tú. No quiero ningún sobresalto, aléjale del caso.

—Con todo mi respeto, capitán, estamos ante un asesino en serie que no parará hasta que le atrapemos —dijo alzando levemente la vista, aprovechando cierta predilección que el capitán sentía por él.

—¿Cómo dice, agente?

—No creo que sean sus primeras víctimas. Virginia piensa como yo, en su informe...

—Sé lo que piensa la agente Landis. Henry no está de acuerdo. Y, ciertamente, no me gusta contemplar la posibilidad de un asesino en serie.

—Pero podría ser...

—William, confía en ti por tu carisma, tu profesionalidad e ideales. A nadie se le escapa que eres el mejor de tu promoción y por eso acepté tu solicitud para trabajar en esta oficina. Ahora estás ante tu primera actuación como agente especial en una investigación criminal y comprendo tu inquietud. Pero no magnifiques el caso, no busquemos un asesino en serie. Céntrate en lo que tenemos, no en especulaciones. Es más factible que se trate de un crimen pasional, una disputa juvenil o una venganza... o de dinero. Una de las víctimas acababa de heredar una fortuna. Muchos de los crímenes más atroces son realizados por adolescentes celosos, o quizás por un familiar ambicioso. No es necesario buscar un monstruo, sino un asesino.

—Sí, es posible —aseguró William un tanto dubitativo.

—Dime, sin rodeos, ¿qué es lo que opinas?

—Sería terrible que un asesino en serie estuviera actuando y el curso de la investigación se centrara en familiares y amigos de las víctimas, buscando un móvil pasional o económico... Pero seguro que es lo que usted y Henry creen que es. La experiencia es un grado —expuso el agente, con una expresión cómplice, desinteresada, dando qué pensar.

—Bien, no cerraré esa línea de investigación —aseguró Harris, cediendo con una mueca de contrariedad—. Pero si quieres que la agente Landis investigue, que lo haga desde la oficina. No la quiero en la calle hasta que tenga un informe claro y detallado sobre su estado psíquico.

—Gracias capitán.

—Vamos, es tarde, márchate a casa... y descansa un poco.

Apenas había transcurrido media hora cuando una furgoneta oscura, con cristales tintados de negro, aparcaba frente a la Biblioteca Universitaria de Los Ángeles. La lluvia había cesado. Ángela Barry y Debra Wilson salían del edificio entre risas y, como de costumbre, tarde. Les gustaba aprovechar hasta última hora para poner en orden sus estudios, contar chismes sobre los jóvenes que les gustaban e intercambiar contactos con sus amigas. Los ojos del conductor de inmediato se fijaron en ellas.

—¡Corre o no llegaremos! ¡El concierto está a punto de comenzar! —exclamó Ángela, una muchacha de unos quince años, con largas coletas, vestida de colegiala, con falda a cuadros y jersey azul marino.

—¡Qué agonías eres! Aún falta una hora para que empiece —le reprochó Debra, su compañera, una joven pelirroja, pecosa y de su misma edad.

—¡Corre! ¡Perderemos el autobús! ¡Si me pierdo el festival te mataré! —insistió Ángela, y con los brazos cruzados, apretando sus libros contra el pecho, empezó a cruzar la calle con prisa.

—Siempre igual, al menos nos han regalado las entradas... Aunque nuestro trabajo nos costó —refunfuñó Debra.

Al llegar a la parada, solo pudieron ver cómo el autobús se alejaba.

—¡Mierda! ¡Lo perdimos! —exclamó Ángela.

—Tendremos que tomar un taxi —apuntó Debra—. ¿Tienes dinero?

La furgoneta de cristales oscuros arrancó y se les acercó despacio, con un golpe de bocina. El conductor bajó la ventanilla y apoyó el codo.

—¡Ángela, Debra! ¿No vais al concierto al final? —preguntó.

—¡Ey, qué bien! —exclamó Ángela, acercándose confiada.

—Hemos perdido el autobús. No sé si llegaremos, es en el otro extremo de la ciudad —afirmó Debra, y se apoyó en la ventanilla.

—No te preocupes, yo voy para allá. Mi casa está cerca.

—¿En serio? —preguntó Debra, alegre.

—Sí, claro. ¡Cómo voy a dejar tiradas a mis jardineras! ¡Vamos, arriba! Será una gran noche —aseguró el conductor, animándolas; un hombre al que apenas se le veía el rostro con las sombras de la noche.

—Oye, gracias por las entradas y por llevarnos —afirmó Ángela.

—No es nada. Os las ganasteis arreglándome el jardín.

—Qué casualidad que pasaras por aquí, ¿no? —apuntó Debra.

—De casualidad nada. He venido a recoger un libro en la biblioteca. Ya me iba cuando os he visto. Habéis tenido suerte —afirmó el conductor.

Acto seguido les ofreció una cerveza fresca a cada una, sacando con la mano izquierda un par de latas de una pequeña mochila que colgaba del asiento, mientras con la otra sujetaba el volante. Ellas las tomaron con una amplia sonrisa, poniendo cara de traviesas.

—¿Los Dioses del Olimpo? ¿Puedo echarle un vistazo? Debe de estar muy bien, me gusta mucho la mitología griega —aseguró Debra, tomando en sus manos un enorme libro del asiento.

—¿Tienes música? —preguntó Ángela.

La furgoneta cruzó la ciudad y avanzó rápido por la Interestatal 5 hasta Santa Clarita. Al llegar a una salida apenas señalizada, con un suave giro, tomó dirección hacia los pantanos de la costa, introduciéndose en el Parque Nacional de Los Padres. Las jóvenes no se percataron. Acabaron sus cervezas, distraídas, mientras cantaban

con cierta gracia los temas modernos que sonaban en el reproductor del vehículo. Emocionadas e impacientes por llegar, callaron de pronto cuando vieron una señal de carretera que las alejaba de su ansiado destino.

—¡Eh! ¡Te has equivocado! ¡Tienes que dar la vuelta o nos perderemos el concierto! —exclamó Debra.

El conductor aceleró, volvió su vista lentamente sobre ella y la observó detenidamente.

—No, no me he equivocado... Sois vosotras las que lo habéis hecho —afirmó con rotundidad. Y le lanzó un tremendo golpe con el puño cerrado, dejándola inconsciente, con los labios sangrando y la cabeza ladeándose inerte por el traqueteo del camino.

Ángela abrió los ojos de forma desorbitada y respiró profundamente, emitiendo un pequeño gemido. Sonó el cierre automático de seguridad de las puertas, como el terrible portazo de una celda de barrotes que te roba la libertad. El terror se adueñó de su cuerpo sin comprender nada y quedó en silencio, mirando al frente, mientras por sus mejillas se deslizaban abundantes lágrimas entre temblores.

La furgoneta avanzó por el bosque y tomó un sendero pedregoso, el cual les llevaba hacia lo más profundo del lúgubre pantano que bordeaba el Lago Casitas. Ángela sostenía sobre sus brazos el cuerpo vencido de Debra, acariciándole la cabeza, llorando en silencio, sin poder reaccionar, cabizbaja.

Pasada una larga hora llegaron a los alrededores de una vieja cabaña, perdida y olvidada por el tiempo. Una extensa valla de madera carcomida la rodeaba y el cráneo de una vaca de largas astas adornaba su entrada. La joven pudo ver un cartel en el que se leía «Propiedad privada, peligro: perros asesinos». El conductor quitó la llave del contacto y bajó del vehículo, de forma pausada, sin prisas. Ángela intentó huir. Pero la puerta seguía bloqueada, no se abrió por más que lo intentó. A través del parabrisas, los ojos de aquel hombre estaban fijos en ella mientras cruzaba por delante de la furgoneta. Aterrada, abrazándose con fuerza a su amiga, vio cómo se acercaba y abría.

—¡Baja!

—No, no, no... —sollozó la joven.

Aquel hombre la agarró de una coleta y tiró fuerte de ella, haciéndola caer desde el asiento hasta el embarrado suelo. En la oscuridad la arrastró hacia el granero de la cabaña, le colocó unas esposas en el tobillo y la encadenó a una argolla fijada en un grueso pilar de madera. Cerró con un golpe la puerta y se marchó.

Ángela, temerosa, miró hacia todos lados sin ver.

—¡Debra! ¡Debra! ¡Socorro! —gritó una y otra vez, hasta que quedó recogida sobre sí misma, llorando entre espasmos de angustia.

Pasados cinco minutos Ángela escuchó el característico sonido de un generador de gasoil y la tenue luz de una bombilla se hizo sobre su cabeza. Se levantó jadeando su terror: estaba en un viejo granero, con una mesa grande en su centro y numerosos sacos de maíz, roídos por las ratas, amontonados al fondo. A su lado había una horca colgada de la pared junto a diversos aperos de labranza, oxidados, cubiertos por el polvo y las telarañas. Tragó saliva, sudando, y trató en vano de deshacerse de las esposas. La desesperación se apoderó de ella cuando lo vio entrar de nuevo en el granero, con su amiga inconsciente sobre el hombro derecho y un maletín negro en la mano izquierda, el cual colocó con cuidado en una vieja silla.

Aquel hombre dejó caer de lado a Debra sobre la mesa. Miró a la muchacha, que se hallaba inconsciente, y la acarició el rostro, pasando los dedos sobre sus labios hinchados. Luego, se acercó hasta el maletín, lo abrió y, por unos momentos, observó el interior. Sacó una pequeña sierra quirúrgica, un separador torácico y un ancho cuchillo de carnicero. Después tomó unos guantes de nitrilo azul y unas prendas de plástico transparente, perfectamente dobladas, y se enfundó en ellas. Volvió la mirada sobre Ángela y se le acercó con paso lento, con las manos atrás y observando cómo le temblaba el mentón, cómo se movía tratando de liberarse inútilmente de las esposas que atenazaban su tobillo. Le puso la mano en la cara, apretó los mofletes y tiró de ella hacia arriba, alzándola de puntillas.

La muchacha sintió un agudo dolor en el vientre que contrajo su pulmón. Un calor espeso envolvió su cadera, manchando la falda y resbalando por los muslos. Cayó al suelo y posó la vista y las manos sobre el mango de la hoja de acero que la atravesaba.

Debra se despertó entre temblores. Aturdida, sentada sobre la mesa, la visión con que se encontró la horrorizó: aquel hombre, vestido de plásticos, se le acercaba con un enorme cuchillo; y su amiga Ángela, envuelta en sangre y dando pequeñas patadas con un pie, gemía en el suelo. Un alarido desesperado salió de su garganta, seguido de convulsas negaciones. La joven hundió su rostro entre las manos, agachando la cabeza, y cerró los ojos, ocultándose inocentemente de la terrible realidad. Sus gritos de angustia resonaron con fuerza en la oscuridad. Nadie los escuchó en aquel solitario paraje. Truncada la vida, el silencio se abatió en la lúgubre cabaña del pantano.

La noche había avanzado y los cuerpos de las dos jóvenes se hallaban tendidos sobre la mesa, con el torso desnudo y rodeados de plásticos. El suave aroma de un café inundaba cálidamente el lugar mientras aquel hombre disfrutaba de un descanso, entre cortos sorbos. Sentado en la puerta del granero, observaba el horizonte y la bóveda de estrellas que se alzaba sobre él. La tormenta había pasado. A su lado reposaba aquel libro de dioses griegos y, sobre este, su mano izquierda.

—Pronto estarás a mi lado —susurró.

Se levantó, dejó la taza del termo sobre la mesa y miró los cuerpos sin vida de las muchachas. Luego, se colocó de nuevo los guantes de nitrilo y un protector ocular, y tomó entre sus manos el separador torácico y la sierra quirúrgica.

Momentos más tarde, un grito resonó con fuerza en el silencio de la noche. Dos manos se erguían altivas al trasluz de la luna, clamando al cielo, y en cada una de ellas, un corazón sin vida.

* * *

Una semana después, la policía de Los Ángeles había acordonado la zona. El capitán Harris acababa de llegar a la cabaña acompañado por Henry, William y otros agentes federales.

—¡Aquí! ¡Hemos hallado más cuerpos! —exclamó, desde la entrada de un pequeño sótano cercano al granero, uno de los policías que registraban el lugar.

El capitán y los federales corrieron entre los árboles, acompañados por varios agentes de Homicidios, y bajaron por unos húmedos escalones hasta el oscuro y pestilente sótano.

—Ahí, son varios cuerpos. Al menos tres jóvenes más —afirmó el policía, alumbrando el horror con su linterna.

William vomitó apenas vio los cuerpos de Ángela y Debra, entre otros, terriblemente mutilados. Algunos de ellos estaban en avanzado estado de descomposición.

—¡Dios! ¡Les han arrancado el corazón! —exclamó Henry, agachándose y observando el tórax abierto de una de las víctimas.

—Desmiembra a sus víctimas para deshacerse de ellas —apuntó el policía, mostrándoles un saco de maíz en cuyo interior habían dos brazos cruzados, con las manos amputadas y posadas encima.

—¿Cómo puede existir un monstruo así? —preguntó angustiado William. Acto seguido se alejó deprisa hasta el coche, dando una arcada, y poniéndose de cuclillas, vomitó. Comenzó a suspirar, con una mano en la frente, mientras se limpiaba los labios con un pañuelo.

—¿Estás mejor? ¿Te encuentras bien? —le preguntó Harris, acercándose a él.

—Sí...

—Tómate tu tiempo. Si necesitas un respiro, lo entenderé. No es fácil de digerir ni para un veterano. Henry se ocupará de todo —aseguró Harris, observando el estado inquieto de William y los resoplidos que emitía con la cabeza hundida entre las manos.

—No, no... Tenemos que atrapar a esa bestia. Hemos descubierto su guarida, pero sigue ahí fuera. ¿Quién sabe si ahora mismo no estará acechando a otra muchacha o despedazándola? —apuntó el joven, irguiéndose todavía pálido y con el rostro descompuesto.

—Bien, como quieras. Reponte un poco y busca a los pescadores que encontraron el cadáver, quiero hablar con ellos —ordenó el capitán con la intención de alejarle de los restos humanos.

—Los hemos llevado a comisaría, están tomándoles declaración —comentó el detective de Homicidios Logan Wilson, acercándose lentamente; era un viejo amigo del capitán Harris—. Son un grupo de amigos de Denver. Pretendían pasar un buen fin de

semana lejos de la ciudad, pescando. Parece que un coyote desen- terró parte del cuerpo, el tórax, en algún lugar cercano, y ellos lo encontraron en la orilla del pantano.

—¿Cómo estás, Logan? —preguntó Harris.

—No muy bien, un día difícil.

—¿Qué más puedes contarnos?

—Poco, Harris. Pero me temo que lo que vamos a encontrar en los alrededores de esta cabaña no nos gustará.

—Gracias por avisarnos antes de revisar todo el escenario del crimen —apuntó Henry.

—Cuando el forense me advirtió de que el corazón había sido extraído y que no había sido un coyote, ordené que os informaran de inmediato. Seguro que tiene relación con los crímenes de esas muchachas que se encontraron en la sima de Santa Clarita. Pensé que localizaríamos los restos del cuerpo, pero no esperaba esto.

—Sí, no puede ser casualidad —susurró Harris, apretando las mandíbulas, escudriñando con la vista el lugar.

—He solicitado una orden para levantar toda la zona. Creo que esto solo es el principio, hallaremos más cuerpos —expuso Logan.

—Así es; y me temo que ese asesino no es un principiante. Henry, quiero aquí el laboratorio entero de inmediato; que nadie toque los cadáveres hasta que lleguen mis agentes. Avisa a la agente especial Jennifer Gómez y a su equipo, que no dejen piedra sobre piedra sin remover en este maldito lugar.

—Tienes mi colaboración para todo lo que necesites —anunció Logan.

—Gracias, la vamos a necesitar. Un asesino en serie anda suelto, rezaba porque no fuera así —aseguró Harris, con su rostro enjuto, preocupado y con cierta rabia.

Aquella mañana gris no fue más que el comienzo de un exhaustivo rastreo que, caída la noche, levantó nueve cuerpos más. La mayoría eran de jóvenes adolescentes, apenas unas niñas. Al segundo día, la cabaña estaba tomada por docenas de policías y agentes federales, forenses y perros adiestrados en la búsqueda de cadáveres. La prensa comenzó a rodear el lugar, abrumada por

las angustiosas palabras y confesiones de algunos de los agentes que trabajaban en el macabro registro.

Durante siete días más, los agentes de policía del detective Logan, el equipo de Jennifer y la patrulla canina descubrirían nuevos cuerpos enterrados, bajo la atenta y desencajada mirada del capitán Harris. Unos apenas se hallaban corruptos, otros descompuestos; todos desmembrados y enterrados dentro de sacos de maíz. Henry y William dirigían la operación y las líneas de investigación sin lograr dar crédito a lo que veían. También hallaron numerosos restos óseos que certificaron la terrible realidad: al menos diecisiete víctimas. Un brutal asesino en serie estaba actuando en la ciudad desde hacía bastante tiempo. Los medios de comunicación le denominarían «el Carnicero de la Cabaña».